



EL VALOR DE UNA FILOSOFÍA DE LA PERSONA EN LA UNIVERSIDAD: ¿UN ANTÍDOTO CONTRA LA DESHUMANIZACIÓN?”

“THE VALUE OF A PHILOSOPHY OF THE PERSON AT THE UNIVERSITY: A MEDICINE AGAINST ANTI-HUMANISM?”

Javier Barraca Mairal
Universidad Rey Juan Carlos (Madrid).

*“Un pueblo sin Metafísica es como un templo sin altar”
(Hegel).*

Resumen: *Este ensayo se centra en el valor que el estudio de la Filosofía presenta para la universidad. Por ello, muestra la relación de la Filosofía con una honda comprensión del mundo actual. Propone la necesidad de criticar las diferentes formas de deshumanización de nuestra sociedad. El texto recuerda muchas de las materias en las que la Filosofía contribuye al conocimiento, y cómo pueden estas ayudar en la búsqueda humana de un sentido para la propia vida. Para esto, se recomienda una perspectiva filosófica concreta, que es la centrada en la persona.*

Palabras clave: *Filosofía, universidad, sociedad, sentido, persona.*

Abstract: *This essay focuses on the value of the study of Philosophy at the university. It shows the relationship between Philosophy and a deep understanding of the present world. It proposes the necessity of criticising the different ways of anti-humanism in our society. The paper recalls many of the philosophical subjects that contribute to our knowledge and how they may help in the human search of a meaning for life. In order to do this, the author recommends a concrete philosophical perspective: that focused on the person.*

Keywords: *Philosophy, university, society, meaning, person.*

1. EL VALOR DE PENSAR HOY: NUESTRO TIEMPO Y LA FILOSOFÍA

¿Qué aporta de singular o diferencial el cultivo de la Filosofía a nuestra sociedad, en su dimensión educativa, y a instituciones tales como la universidad? Tal vez, uno de los primeros beneficios que conlleva la Filosofía, vivida no ya como mero acopio de conocimientos, sino como desarrollo de la actividad misma del filosofar, cuando esto se lleva a cabo con el rigor u hondura adecuados, estriba en que nos ayuda a situarnos en el mundo con profundidad. El filosofar nos ilumina, con alcance, acerca de nuestra propia realidad concreta. Gracias a esto, podemos formular y responder interrogantes, probablemente previos a otros muchos, que someten a crítica a nuestra realidad actual y a su contexto. Interrogantes como: ¿en qué mundo vivimos? ¿Cómo es, en el fondo, el escenario en que se desarrolla nuestro existir y cuál es su sentido? ¿Podría este marco mejorar, y en qué dirección precisa? ¿Qué implican, en su significado más hondo, fenómenos como la globalización o la masificación, que se afirma afectan con intensidad a nuestra sociedad y nuestras relaciones?¹

Pues bien, atendiendo a esto, cabe ahora que juzguemos críticamente nuestro mundo presente, y advirtamos desde nuestro filosofar que hoy vivimos, sin duda, en el seno de una sociedad seducida por lo insubstancial, lo superficial, lo epidérmico. Nuestro tiempo es un período entregado a la vanidad, al aparentar, a lo vacuo. En este escenario, reina despótica la tiranía de la imagen. De forma que esta, la imagen sin más, la imagen desnuda y cruda, desprovista de glosa alguna, se ha enseñoreado de las mentes y los corazones. La pura apariencia visual se ha convertido, en cierta manera, en el valor fundamental y en el criterio último de cualquier otro valor, cual dominante ídolo de nuestra sociedad de pantallas. Asistimos así a la dictadura de la pura imagen, a la tiranía de lo icónico².

2. LOS ESTILOS DEL FILOSOFAR Y LA DESPERSONALIZACIÓN ACTUAL

No toda Filosofía, ni todo filosofar, resultan idénticos; no todo estilo de pensar aporta lo mismo. Por eso, de acuerdo con el propósito de esta reflexión, conviene reivindicar lo filosófico desde la postulación, para la educación y la universidad, de una determinada metodología de la Filosofía: en concreto, un filosofar que denominaremos “en clave de la persona”, vinculado a una cierta Filosofía de la persona. Es decir, en definitiva, estas páginas se centran en aquella forma de filosofar que sitúa a la persona como centro o eje, además de principio o base, de su característica actividad. Debido a ello, consignamos el dato de

¹ AA. VV., *Las dos caras de la globalización*, Madrid, BAC, 2016.

² Muestra de ello brinda la categoría, a la par antropológica y sociológica, acuñada por G. Sartori, en relación a nuestro tiempo, y que encarna su célebre término: « Homo videns ». Cf. G. SARTORI, *Homo videns: la sociedad teledirigida*, Barcelona, Taurus, 2002.

que esta Filosofía de la persona, que se ha fraguado desde tiempo atrás, hasta cobrar ya una singular relevancia, puede ayudarnos a conocer y vivir mejor el mundo o contexto presentes, a profundizar críticamente en la situación en que nos encontramos, en su raíz y su horizonte de una manera muy fecunda³.

La Filosofía de la persona nos enseña, hoy, a captar cómo este mundo y sociedad están “despersonalizados” en un intenso grado, cómo de uno u otro modo dan la espalda a esa realidad vital y preciosa que somos nosotros mismos, las personas. Esto se hace hasta el peligroso extremo de hacer pasar como real lo virtual, como verdadero lo aparente, como importante lo banal y, en definitiva, hasta tomar a la máscara como superior a la persona. Incluso el sufrimiento propio o ajeno y la injusticia misma se han reducido en su valor, y ya sólo cuentan en la medida en que se convierten en imágenes que interesa o no ver, consumir.

Los humanos de este tiempo, en determinado sentido, nos comportamos como seres que únicamente ven o desean ver. Actuamos cual Narcisos, sujetos seducidos por el ser vistos o ver a cualquier precio; pero que, en la práctica, poco piensan o meditan acerca de las causas o efectos más hondos de lo que contemplan, ni del significado implicado para su intimidad por este exhibicionismo en red sin fondo. Somos, a menudo, unos caprichosos espectadores o generadores de imágenes, enormemente inmaduros, sin consistencia, volubles, despojados de raíces o principios sólidos y fiables. Así, como categorías descriptivas de nuestra época, se habla de “el pensamiento débil”, del “hombre light”, del “homo videns”, de una “sociedad líquida”, de la “era de la postverdad”, etc. Lo único que importa, con frecuencia, a muchos, radica en adquirir fama, en tener popularidad, en ganar visibilidad. Ante esto, por fortuna, los análisis críticos desde la Filosofía no han dejado de contestar estas categorías, y de oponer alternativas frente a todo ello⁴.

Por otro lado, el desarrollo económico y técnico alcanzado permite, en ocasiones, distraer, por medio de este aluvión incesante de sugestivas imágenes, nuestra propia conciencia con respecto a las dimensiones más radicales de la realidad. De esta manera, olvidamos o desdeñamos datos nucleares, como el tenor personal de nuestro propio ser, la vocación a una unión profunda e interpersonal con los otros, la vivencia personal del dolor o la muerte, el hondo anhelo de nuestra persona de una auténtica felicidad, la necesidad de comprometernos ética y responsablemente con la realidad, etc. Somos, en efecto, hoy, víctimas propiciatorias, carne de cañón, de la destructiva manipulación, así como de sus técnicas des-personalizadoras, y muy en especial de las visuales. En este movedido y arriesgado marco, corremos el grave riesgo de

³ Cf., A este respecto, como síntesis y ejemplo de ello, en nuestro contexto, el peculiar estilo de pensar de un autor actual tan fecundo como A. LÓPEZ QUINTÁS, *La palabra manipulada*, Madrid, Rialp, 2015.

⁴ Cf. Jesús BALLESTEROS, *Postmodernidad: decadencia o resistencia*, Madrid, Tecnos, 2003.

extraviar lo más crucial: nuestra propia identidad y originalidad⁵. En medio del flujo incesante de imágenes que nos cerca, parece como si se disolvieran, cual humo entre los dedos, nuestro mismo ser personal y su sentido. El fondo más característico o singular de nuestro ser, y su anhelo de buscar y encontrar claves, orientaciones fecundas en la vida, se nos extravían entre tantas impresiones fugaces y vanas.

Sin embargo, a pesar de todo, en el fondo de nuestro interior, palpitan siempre –aún dormidos o aletargados, entre las cambiantes imágenes artificiales que nos asedian– algunos interrogantes esenciales. Entre ellos, sobresalen graves cuestiones personales, y sobre todo la pregunta acerca de nuestro propio valor, nuestro valor único o exclusivo, nuestra dignidad fundamental. ¿Quiénes somos, en definitiva, y cuáles son la raíz y el horizonte auténticos de nuestro existir? La Filosofía, y en especial una Filosofía en la clave de la persona, puede en fin ayudarnos, hoy más que nunca, a recuperar y a replantearnos de manera continua cuestiones y respuestas básicas para nuestra existencia. Se trata de pautas imprescindibles, a la hora de progresar en esta búsqueda siempre inacabada, radicalmente humana y personal.

3. NUESTRO VIVIR DEMANDA REFLEXIONAR DE FORMA PERSONAL

Nuestra vida se despliega a partir de nuestro ser. Vivimos, o debemos vivir, de acuerdo con lo que somos. Mas, puesto que somos ante todo personas, vivimos y debemos vivir “personalmente”. Ahora bien, vivir personalmente comporta, para los seres humanos, buscar respuesta a hondas cuestiones que nos plantea nuestra existencia. Estas cuestiones nos mueven a reflexionar. “Re-flexionar” significa volver como sujetos al origen de las cosas, a la realidad genuina, examinándola, meditando con sosiego en torno a ella, analizando lo que puede y debe enseñarnos, buscando cierta pausa y distancia. Desde la óptica o perspectiva de una Filosofía de la persona, reflexionar es ante todo prestar a la vida una atención profunda y serena, personal. Es no dejar que la vida resbale sobre nuestra piel de forma anónima o indiferente, sin calar en nuestro interior, como si no fuera con nosotros: reflexionar supone escuchar en primera persona cómo resuena su eco de verdad en nosotros. La existencia humana merece ser vivida con hondura, y el ser humano está hecho para indagar en ella en persona y con fecundidad. Ahora bien, la Filosofía y, en especial, la Filosofía en cuanto medita en torno de esa realidad vital de la persona, representa una tarea humana y a la vez una escuela de reflexión inexcusable, tal como testimonió certeramente a este respecto Marías⁶.

⁵ Cf. J. BARRACA MAIRAL, *Originalidad e identidad personal*, Madrid, San Pablo, 2017.

⁶ Cf. Julián MARÍAS, *Persona*, Madrid, Alianza, 1996.

De aquí que, en este ajetreado tiempo, entre nosotros, más que nunca si cabe, resulte vital fomentar lo filosófico, y con esta luz concreta de la persona. Ello, desde luego, en el marco de lo educativo, en cualquiera de sus etapas y formas; pero, muy en particular, en lo universitario, ya que este terreno se ha vinculado de manera peculiar con la investigación personal de la verdad, y con la maduración o desarrollo del juicio crítico.

La Filosofía puede colaborar, de una manera indispensable, a curar o paliar nuestro activismo vacío y nuestro ritmo vital, ciego y precipitado, que con sus ansiedades y prisas nos conduce a “ver sin pensar” y luego a “obrar sin reflexionar”, a lanzarnos tras los espejismos frustrantes de nuestra sociedad consumista y mediática. “El amor a la sabiduría”, que implica lo filosófico, hecho reflexión personal, nos previene frente a este ahogar nuestra sed de felicidad en un mar de imágenes, sensaciones, consumismo, en el océano de lo material y lo efímero, en esa niebla que anega nuestros más profundos valores –empezando por nuestro propio valor único de personas– entre las movedizas arenas del relativismo o el nihilismo. Un testimonio elocuente de la necesidad de vivir lo filosófico desde la clave de la persona, como reflexión que se encarna en actitudes críticas y responsables frente a estas lacras contemporáneas, y como compromiso auténtico, ético y solidario, dentro y fuera de la universidad, lo ofrece el personalismo comunitario de Carlos Díaz, en la estela de Emmanuel Mounier⁷.

La Filosofía –y el filosofar en clave de la persona– es así hoy un arma capital contra este asfixiar nuestra natural “búsqueda de un sentido”⁸, sentido siempre personal, de persona, no de meras masas o de deshumanizados objetos⁹. Nos ayuda, en fin, como aliada decisiva contra esta fiebre por hacernos olvidar a las personas, y los fundamentos mismos de lo real, contra el desprecio de nuestra inimitable identidad, en medio del cotidiano espectáculo de la frivolidad y de la indiferencia globalizadas.

4. LA FILOSOFÍA COMO MAESTRA DEL CONVIVIR HUMANO

Nuestras plurales e interconectadas sociedades reclaman, con vehemencia, el que sepamos educarnos para una convivencia más armoniosa, dada nuestra cada vez más patente diversidad. ¿Por qué, entonces, desterramos de la

⁷ C. DÍAZ, *El libro de los valores personalistas y comunitarios*, Madrid, Fundación E. Mounier, 2000. También del mismo autor, *El “nuevo pensamiento” de Franz Rosenzweig*, Madrid, Fundación E. Mounier, 2008.

⁸ Cf. V. FRANKL, *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder, 2001, 21ª ed.

⁹ Un trabajo actual, que explora y reivindica, con rara hondura y lucidez, el valor de la cuestión del sentido, en el marco de la formación universitaria, y del debate argumentado en su seno, conectándola con el origen y la mejor tradición de esta institución, es el de Sixto J. CASTRO, “*Bildung* y sentido de la vida”, en *Estudios Filosóficos* 66 (2017) 5-22.

educación universitaria a maestros, tan insignes en este arte de la convivencia mutua, como la Filosofía o las Humanidades en general, entendidas en esta clave de la persona? Hoy, se habla mucho de la importancia de la educación cívica o en valores, de la educación para la ciudadanía, de educar en la libertad y en los Derechos Humanos, etc. Sin embargo, parecen sobreentenderse demasiadas cosas en todo ello; y, al tiempo, se incurre en extrañas paradojas. Así, se pretende esto y, a la par, se desposee, con descaro, a la formación de su preciosa dimensión humanística y, en particular, filosófica. En España, por ejemplo, sabemos que se ha planteado abrir hueco a la “igualdad”, en la universidad, a costa de la Filosofía o de la propia Ética, provocando una justa reacción en los docentes de éstas, que han manifestado que son estas materias las que fundamentan toda vida en común fecunda. Pues la Filosofía supone una educadora imprescindible en los valores que hacen posible la convivencia en armonía: valores como la búsqueda de la verdad y de la justicia, el diálogo y la argumentación racional, la escucha y empatía o atención al otro, la libertad y la responsabilidad, etc. Además, una Filosofía en clave de la persona colabora de un singular modo a todo lo ligado a la convivencia, pues acierta a poner en el centro de su atención el encuentro con la persona concreta, la relación o el vínculo con los sujetos.

“¡Guerra a la sospechosa Filosofía!”, parece ser la desconfiada proclama de cierto terrorismo cultural, suicida, muy al uso en nuestra civilización postmoderna. Desde la escuela a la formación permanente, pasando por la universidad, lo educativo se haya empeñado en resultar –ante todo y por encima de todo– neutral o aséptico y útil o práctico. Es víctima de un injusto complejo, inoculado por el positivismo moderno, en nuestra sociedad, con respecto a las ideas o contenidos, lo no instrumental y lo teórico¹⁰. La educación se orienta, hoy, pobremente, hacia un pragmatismo o utilitarismo recalcitrantes, economicistas, y muy poco solidarios con los restantes valores. Al final, sólo acierta a generar esos nuevos bárbaros, especialistas deshumanizados e incompletos (como denunció Ortega y Gasset)¹¹, pasto de la masificación, títeres del interés egoísta que la sociedad misma juzga incapaces para una convivencia digna y un auténtico progreso. La universidad proclama que no quiere ser fábrica de parados, y se convierte en productora de técnicos sin valores, ausentes de fondo, y en venta al mejor postor, sea éste quien sea (algo en extremo peligroso, en estos momentos).

En cambio, en este sentido, por su capacidad para superar visiones cortoplacistas y superficiales de la formación, la Filosofía –dentro de las Humanidades– supone un ámbito verdaderamente inigualable. La Filosofía no se centra en lo útil, sino que se abre a la comprensión de la verdad, al aprecio o querer de lo bueno, a la búsqueda de la unidad, a la contemplación de lo

¹⁰ Cf. E. HUSSERL, *La crisis de las ciencias europeas, y la fenomenología trascendental*, México, Prometeo libros, 2010.

¹¹ Cf. J. ORTEGA Y GASSET, *Misión de la universidad*, Madrid, Alianza, 1997.

bello. En concreto, el singular encuentro entre la Filosofía de la persona y la consideración de valores no limitados sólo a la mera utilidad, como los de lo verdadero, bueno, uno y bello, resulta fundamental para lograr un desarrollo y una plenitud o felicidad integrales por parte de las personas. Esta armonía de valores y de los diversos aspectos de lo real tiene que ver intensamente con lo estético, con el Arte y con el trascendental de la belleza. Así, por ejemplo, integrar la dimensión estética y lúdica, no interesada en sólo lo útil, abre en esto unas posibilidades, sin duda, extraordinarias para los seres humanos, al favorecer este desarrollo “integrador e integral” de la persona. Este humanismo filosófico integrador lo encarnó, entre nosotros, junto a otros muchos, el clarividente testimonio de María Zambrano¹².

España y el resto del mundo no pueden volver a prescindir, sin graves consecuencias, de la Filosofía; y esto, en el ámbito educativo y en especial en el universitario, resulta singularmente cierto. Cuando, supuestamente, tanto preocupa el porvenir de la universidad y la enseñanza, ¿cómo se halla tan ausente de la discusión este privilegiado camino? Sin caer en el alarmismo, recordemos que, justo antes de los sucesos que condujeron a las dos guerras mundiales, ya se denunció con insistencia el riesgo de la deshumanización de la ciencia y la cultura modernas. Por esto, hoy, una Filosofía precisamente en clave de la persona puede y debe prevenirnos, de una manera indispensable, frente a todo signo de despersonalización o deshumanización. Lo irónico del caso, además, está en que el abandono de la teoría (y de su forma más granada, que es la Filosofía), en el conocimiento y en la ciencia, acaba por traducirse en esterilidad práctica, técnica y a la postre incluso económica. Así, el descuido de lo humanístico conduce a las comunidades a la pérdida de su identidad y de su memoria, hasta la disgregación y extinción. Un pensador, en esta misma clave de la Filosofía de la persona, como fue K. Wojtyła, ya advirtió, en nuestra época, de este grave riesgo¹³. De ahí, por ejemplo, que constituya un sinsentido que, en España, se diga desear un fomento de la unidad y del progreso, mientras se debilitan estas enseñanzas.

5. FILOSOFÍA, UNIVERSIDAD, UNIDAD

Sin duda, nuestras modernas universidades, y en particular las españolas, se han convertido en paradigma de estas contradictorias conversiones al utilitarismo más palurdo. Hace ya mucho que la Filosofía se halla marginada en tan ilustrada República del saber (malinterpretando así la actitud de Platón con la comedia). Sin embargo, universidad implica precisamente “unidad”, unidad entre “maestros y escolares” y “unidad de los saberes”. Ahora bien, la Filosofía constituye –como recalcó Ortega– la clave para esta comunidad del

¹² Cf. María ZAMBRANO, *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1977.

¹³ Cf. JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.

saber, comunidad en la que se fragua la hoy imprescindible perspectiva global, esa visión de conjunto y unitaria, esa síntesis que capta la relación entre sí de los diversos aspectos conjugados por la compleja realidad.

Nada más necesario que la unidad, en medio de esta sociedad fragmentada y atomizada por el relativismo, el pluralismo o la hiper-especialización. Por esto, la Filosofía supone una clave de bóveda central en nuestro tiempo, pues promueve una intensa forma de unidad, especialmente valiosa para la universidad, tal como la secular tradición universitaria se encarga de mostrarnos. Necesitamos personas capaces de conjugar y articular, de integrar y armonizar, y ese afán de unir debe revelarse en formas de pensar, dialogar, convivir y colaborar, en sujetos aptos para captar las relaciones mutuas –interdisciplinarias, interculturales e interpersonales–. Así, precisamente, los estudios más recientes en torno al futuro de la universidad señalan la necesidad de lograr que esta proporcione una formación generalista, capaz de dotar a los sujetos de la flexibilidad y adaptabilidad adecuadas en un entorno complejo y en evolución constante, una formación continua en la que se esté en contacto con disciplinas diversas, donde se dé una autonomía personal del aprendizaje, y además se promueva una organización e interpretación con sentido sinérgico o armónico del conocimiento y trabajo, más allá de la pura adición de los datos o esfuerzos concretos¹⁴.

Ahora bien, la Filosofía nos capacita justamente de una extraordinaria forma respecto a todo esto, pues favorece el establecimiento de esos vínculos, conexiones o lazos en el conocimiento y la tarea, lazos no ya sólo teóricos sino existenciales. De este modo, contribuye a coordinarnos en lo intelectual de acuerdo con una orientación de sentido, y además coopera para que nos relacionemos con fruto, vitalmente, unos con otros. Esto, como es lógico, se ve claramente multiplicado en su fuerza o vigor positivos, cuando el estilo de filosofar o pensar concretos que adoptamos es el de la persona, pues en su naturaleza misma se halla conceder un valor preponderante a lo relacional, y a estos fecundos encuentros o vínculos interpersonales.

Lamentablemente, sin embargo, en este tiempo, al menos en la universidad, la antaño noble Filosofía ha sufrido una vergonzosa re-conversión forzosa, reductora de sus auténticos ser y valor, transformándose, bajo el rótulo de “teoría” –en un claro abuso de este término–, a lo sumo en una “introducción” al estudio de algo, en puro sociologismo, o en un artificial esfuerzo de sistematización de determinadas cuestiones. La Teoría del Derecho, de la Comunicación, de la Educación, del Arte, de la Economía, de la Empresa, de la Política, hasta de los juegos, etc., parecen esos epigonales rescoldos de lo filosófico, que

¹⁴ Todo esto se recoge, con clarividencia, en el informe “Reformas urgentes del Sistema Universitario Español”, de la Consejería de Educación y la Fundación de Universidades y Enseñanzas Superiores de Castilla y León- IE University, Segovia, 2017. Se trata del documento final de análisis y recomendaciones, emitido tras el seminario, organizado a este propósito por estas instituciones, y celebrado en marzo d 2017, en Segovia.

apenas interesa reanimar. De este modo, por ejemplo, incluso la Filosofía del Conocimiento y de la Ciencia apartan de sí la hermosa cuestión de la verdad, y se reducen a disquisiciones acerca de los métodos o técnicas de investigación¹⁵.

Sin embargo, la existencia misma de la universidad –y de la educación en general, como cauce de maduración integral– se halla en juego con esto. Porque para engendrar meros técnicos iletrados no hacen falta tan venerables esfuerzos e instituciones. De modo que, tal cual están, o sobran la universidad y los complejos sistemas educativos del presente, o faltan las Humanidades y, en especial, la Filosofía. ¿Dejaremos pasar, de nuevo, en la universidad, la oportunidad que ofrecen esas materias comunes, esa tan cacareada “transversalidad” y esa “interdisciplinariedad” que a la postre implica siempre encuentro interpersonal o trabajo en equipo, y que resulta clave para el avance científico, cultural, incluso empresarial?

Por otra parte, la universidad debe ser una de las cunas de la crítica a la sociedad y la cultura actuales, crítica constructiva y fecunda, mas crítica al cabo. Su papel no estriba en multiplicar clones despersonalizados en las diferentes disciplinas o profesiones, meros números sin identidad propia. Frente a cualquier forma de manipulación resulta esencial promover una universidad que genere personas cultas en el sentido integral, con juicio y criterio propios. Para ello, la Filosofía no tiene parangón, pues nos alecciona y entrena en el arte de pensar con rigor y libertad, de un modo personal. Todo universitario ha de comenzar su senda formativa con el adiestramiento en este indispensable arte de pensar por sí mismo, que va más allá de la mera lógica y se orienta a la gestación de un criterio propio y maduro frente a la manipulación, tal como han mostrado los trabajos de Alfonso López Quintás, entre otros¹⁶. De esta manera, la defensa de la dignidad de la persona, que opera lo filosófico, es hoy más que nunca, crucial, en medio de este laberinto de apariencias, manipulaciones y deshumanización.

6. TRAS LA HUELLA DE LAS CUESTIONES PERMANENTES Y UNIVERSALES.

La Filosofía nos ayuda a buscar respuesta y plantear las cuestiones más hondas de la existencia. Se trata de interrogantes permanentes, universales e inagotables. Al tiempo, ella nos ayuda a indagar con fruto en los mismos. En realidad, es la propia vida (“*primum vivere, deinde philosophari*”) la que contiene tales retos, pues estas preguntas y su honda huella –la dicha y la desgracia, el bien y el mal, el amor y el odio– están en nosotros ya desde un principio. Mas la Filosofía contribuye a darles forma en nuestro interior, y nos orienta a la hora de investigar en torno a su verdad y a buscarles respuesta. Incluso,

¹⁵ Frente al metodologismo en la universidad, también ha advertido recientemente con perspicacia J. M. BARRIO MAESBÉ, “La filosofía en la universidad. Un intento de justificación”, en *Cuadernos de pensamiento* 30 (2017) 61-72.

¹⁶ Cf. A. LÓPEZ QUINTÁS, *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa*, Madrid, APCH, 1993.

cuando estas cuestiones se formulan de una manera actual, ella colabora a acometerlas y rastrearlas con fecundidad.

Como muestra de esto último, detengámonos un instante en dos temas estrella de nuestro tiempo: la globalización¹⁷, y la lucha contra la manipulación. En ambos asuntos, la contribución de la Filosofía está llamada a resultar crucial, indispensable de hecho, y así también muy singularmente la de una Filosofía que, desarrollada en clave de la persona, acierte a ahondar en estos terrenos, rescatando el peculiar valor de la persona frente a ambos fenómenos. Ya decía Ortega –en su *¿Qué es Filosofía?*¹⁸–, como hemos indicado, que la Filosofía se caracteriza por dotarnos de una visión global o de conjunto, lo que hoy se reclama como imprescindible. También, se ha hablado de la necesidad de forjar profesionales cultos, y de que la cultura –entendida como “juicio propio”– constituye algo vital frente a la manipulación. Ahora bien, la reflexión filosófica resulta decisiva a la hora de engendrar el criterio personal, el juicio propio y maduro acerca de cualquier realidad. Pues la Filosofía, por ejemplo en su forma de Metafísica, indaga en las causas o raíces de lo real más allá de sus apariencias sensibles, no se contenta con los efectos, investiga la verdad profunda, y ello nos proporciona ese criterio personal que precisamos.

En esta época, muchos proclaman exultantes que quieren restaurar el humanismo, aunque sin las supuestas rémoras e inercias del pasado. Con lo que su desdén por las raíces y la lección de la Historia, nos condena a repetir los peores errores. La Filosofía, en cambio, frente a esta destructiva fractura entre el presente y el pasado, coopera a aprender de lo precedente y de la Historia, anima a amar la cultura y la tradición, de una forma creativa y fecunda, personal. Pero es que, incluso con la más viva inquietud por lo actual, las Humanidades contemporáneas y la Filosofía pueden aportarnos frutos irrenunciables. Pensemos, como testimonio de lo anterior, en el valor que tendría incorporar lo más destacado de la reflexión filosófica en torno al método de las diversas ciencias y saberes, como por ejemplo se ha hecho desde la Filosofía del Lenguaje contemporánea en relación con innumerables ámbitos, según revelan las contribuciones de la Hermenéutica actual –H.G. Gadamer o P. Ricoeur–¹⁹. Estas indagaciones filosóficas, siempre necesarias, no responden a una mera propedéutica, más o menos árida y abstrusa, sino que han manifestado su fertilidad, en especial, para la permanente y palpitante cuestión de la forja del sujeto o el reconocimiento de los otros.

¹⁷ Acerca de la reflexión filosófica en torno a la manipulación global *cf.*, por ejemplo: F. ROA (coord.), *Globalización y responsabilidad: claves éticas de la mundialización*, Madrid, Every View, 2011.

¹⁸ J. ORTEGA Y GASSET, *¿Qué es filosofía?*, Madrid, Alianza, 2005.

¹⁹ Esto es, en parte, lo que se procura, agrupando tales asuntos y autores en torno a la cuestión de la subjetividad humana, en J. BARRACA MAIRAL, *Originalidad e identidad personal*.

Si se teme la obsolescencia de los enfoques, rescátense al menos los temas o cuestiones, de hoy y de siempre, planteados por la existencia humana. Estos interrogantes también pueden formularse, en nuestro tiempo, de la mano de algunos de los mejores pensadores contemporáneos. Pensemos así en asuntos tan hondos como, por ejemplo: la persona y el humanismo (Unamuno, Marías), la relación y la alteridad (Buber, Lévinas), la inteligencia y la sensibilidad (Millán Puelles, Zubiri), la libertad y el sujeto (Camus, Ortega), el sufrimiento y el sentido (Gabriel Marcel, Frankl), lo lúdico y la creatividad (Huizinga, López Quintás), la unidad mente-cuerpo y lo espiritual (Eccles, Wojtyła), la palabra y los valores (Ebner, Steiner), etc. Recoger este inmenso patrimonio reflexivo resulta, sin duda, hoy, un esfuerzo lleno de valor. ¿Acaso no palpita en estas cuestiones un eco de perenne vigencia, que debemos aprovechar también en nuestros días?

Pero no es deseable pasar por todo ello, con una excesiva premura. Conviene, seguramente, detenerse durante algún tiempo en un autor concreto, de singular valor y originalidad. De entre los de acento personalista, o al menos de entre los pensadores de una Filosofía hecha en la clave de la persona, merece una particular atención, a este propósito: Emmanuel Lévinas²⁰. Con él, nos encontramos ante un filósofo contemporáneo que ha colaborado decisivamente a redescubrir y apreciar de nuevo con plena pujanza “el valor único de cada persona”, el conocido autor de *Humanismo del otro hombre* que reivindica en su obra la singularidad e irreductibilidad de los sujetos personales. Se trata de un hondo pensador que nos ha hablado, sin rubor, de esa voz inextinguible que clama e interpela desde el rostro desnudo del prójimo, rostro personal e irremplazable, insubstituible e irrepetible. En Lévinas, hallamos una sabiduría acerca de la persona de la que no podemos privarnos, en este convulso tiempo, una sabiduría que conviene se proyecte con fertilidad sobre las diversas facetas de nuestra existencia y de nuestra convivencia.

7. REDESCUBRIR EL INMARCESIBLE VALOR DE LAS DISCIPLINAS FILOSÓFICAS.

En cuanto a las distintas disciplinas filosóficas, y a la necesidad de volver a fomentarlas hoy, dado su inmenso valor, la argumentación en su favor presenta sin duda un grave peso. La Ética y la Estética tienen que regresar, sin tardanza, por la puerta grande, a las aulas universitarias y a la formación de todo tipo. De ellas aprendemos lo mejor de lo humano, como el indisoluble par formado por la responsabilidad y la libertad, la creatividad y el orden, etc. Esto ha de suceder no ya sólo en la forma de una necesaria Deontología o Ética profesional, ni en la de las simples Técnicas de Comunicación o los debates sociales... La Filosofía Moral y la del Arte deben elevar a nuestros universitarios y ciudadanos al ámbito inspirador de la reflexión y de la cultura, fomentar su creatividad integral.

²⁰ Cf. E. LÉVINAS, *Totalidad e Infinito*, Salamanca, Sígueme, 1977.

Asímismo, la Retórica y la Dialéctica, en su sentido filosófico, nos proveerán del hilo más diestro y fecundo, la palabra argumentada, a la hora de entretejer las densas relaciones humanas. La Filosofía del Conocimiento y la Lógica nos ayudarán a pensar lo real, a buscar con orden y fecundidad la verdad, a comprender y conocer. Resultarán irrenunciables, pues, junto con el juicio propio o criterio maduro, a la hora de desenmarañar la espesa tela de las manipulaciones.

En este marco, incluso, por qué no, debe reivindicarse con pujanza a la propia Metafísica. No cabe fatiga a la hora de evocarla. Aunque muchos no se atreven hoy a defender con firmeza el papel de la denostada Filosofía Fundamental para la formación universitaria. Acaso se teme que, de su mano, resurjan periclitados hábitos o enfoques de la realidad. Sin embargo, a pesar de estos temores, ha de notarse que propiamente no hay universidad sin metafísica, ni universitario sin ella, lo sepan estos o no. Esto, a causa de que –he aquí otra paradoja– todo aquel que la ha condenado al destierro no ha podido librarse de ella del todo; porque, hasta cuando negamos la Metafísica, hacemos inevitablemente un poco de la misma.

Pero es que estamos obligados a conectar la universidad y la educación en general con la vida real, se repite ahora tópicamente, como si todo lo anterior habitara en el utópico reino de las esferas celestes. Ahora bien, cuanto se ha señalado en pro de lo filosófico no resulta ajeno a lo más práctico, pues no hay nada más práctico que una buena teoría; y, así, este desarrollo de lo que no es inmediatamente mero utilitarismo, nos enriquece sobremedida. Esta formación filosófica no deja, en suma, de repercutir activamente a la postre en la capacitación del profesional, ni en sus complejas aptitudes, capacidades, conocimientos, valores. Lo cierto es que también nuestras calculadoras empresas necesitan de la Ética y de la Estética, para engendrar responsablemente la belleza de su obra bien hecha. Y nuestra vertiginosa comunicación social reclama la filosófica crítica, la serenidad del análisis reflexivo, único antídoto frente a la precipitación en el juicio o el engaño. Nuestros metódicos profesionales de la salud precisan, para curar con eficacia, sensibilidad, humanismo, Bio-ética. Nuestros a menudo crípticos o herméticos juristas, políticos, pedagogos, educadores, psicólogos y trabajadores del campo de lo social demandan, para conectar realmente con sus destinatarios, algo de esa íntima cercanía que logran establecer la Retórica y Dialéctica auténticas, claras, justas, precisas. El futuro pide la personalización cada día más intensa de los servicios y productos; y, así, nuestros expertos en tecnología e ingenieros están llamados a humanizar su hacer, con una Filosofía de la Ciencia y de la Técnica hondas y atentas a ese latido único, presente en la persona.

El conjunto de nuestros saberes, disciplinas y conocimientos, y de este modo el de nuestros estudiantes, universitarios, profesionales y ciudadanos, exige una formación edificada sólidamente sobre una certera y profunda

“Antropología fundamental”. Para ello, la orientación de todo lo filosófico hacia ese eje capital de la persona tiene una decisiva importancia. Esto, porque no cualquier Antropología ni cualquier Filosofía pueden colaborar adecuadamente a las cruciales misiones que aquí se vienen planteando.

“Pro-fesar” es servir con excelencia, como nos enseñó D’Ors²¹. Ahora bien, servir a los seres humanos comporta conocerlos con hondura, y esto reclama lo antropológico, y una Antropología que revele el valor único e insustituible de la persona. Precisamente, la Antropología filosófica actual, según este acento de la persona, ha ahondado en claves con un sello tan ligado a lo profesional y lo social como son la vocación y la responsabilidad²². Estudiar, investigar y trabajar con fruto, hoy y siempre, piden hacerlo con vocación y responsabilidad, cada uno en nuestro peculiar campo de dedicación (recuérdese el hermoso ensayo de Marañón: *Vocación y ética*)²³. En esto, las Humanidades y la Filosofía pueden ser las mejores maestras.

Advirtamos, por último, a este propósito, que los errores del principio se convierten en yerros enormes al final, tal como señaló refiriéndose a los primeros principios el Aquinate, insigne doctor en Humanidad. No construyamos el edificio de la universidad sobre cimientos poco profundos y endebles. No es la nuestra una época que soporte el incurrir en improvisaciones exageradas. Convivir constituye un arte, lleno de belleza y sabiduría, que precisa de una compleja armonía, en la persona y la sociedad. Las Humanidades –y muy en concreto la Filosofía– están destinadas a formarnos en este arduo equilibrio. Pero, ¿de verdad nos importa tanto educar para formar integralmente personas, maduras y reflexivas, favorecer una convivencia más plena y armoniosa, oponernos a la manipulación?

8. CONCLUSIONES FINALES.

La Filosofía, en síntesis, y en particular aquella que se orienta hacia la centralidad de la persona, colabora a superar lo inmediato y eleva sobre las apariencias. Nos ayuda hoy con su pujante valor, a situarnos críticamente ante una realidad a menudo deshumanizada, y a contemplar, reflexionar y vivir con hondura, serenidad, fruto.

Su contribución esencial, en cuanto actividad reflexiva profundamente personal, estriba en que nos ayuda a investigar en torno al sentido de la realidad, así como a encontrarnos a nosotros mismos y a los otros, a dialogar y relacionarnos interpersonalmente con fecundidad. De ella cabe extraer el indispensable fruto

²¹ Cf. E. D’ORS, *Aprendizaje y heroísmo*, Madrid, Ministerio de Educación, 1961.

²² En torno a la vocación, en su sentido filosófico y personal, cf. J. BARRACA MAIRAL, *Vocación y persona*, Madrid, Unión Editorial, 2003.

²³ Cf. G. MARAÑÓN, *Vocación y ética*, Madrid, Espasa Calpe, 1979, 6ª ed.

de un profundizar en la unidad de todo lo real, tras su más pleno alcance. Esto, hoy, resulta esencial en el entorno educativo y en especial en el universitario, cuya peculiar misión con respecto a la promoción de fértiles formas de unidad parece imprescindible en un contexto dinámico y plural. Pero, a la vez, ello se ha de alcanzar sin dejar de apreciar a la persona, en cuanto ser único y digno. Ahora bien, la Filosofía en esta precisa clave colabora en la permanente necesidad de orientar nuestra vida hacia los valores más altos, y de forjar nuestra propia identidad al tiempo que reconocemos la identidad y dignidad de los otros.

Lo filosófico abre, en suma, la senda de la consideración más honda de lo real, de nuestro propio ser y de nuestra relación con los demás. La Filosofía, en clave de la persona, además, enraíza esta consideración humanista y humanizadora gracias al singular horizonte de la inmarcesible persona, eje decisivo de todo lo real. Ello lleva asimismo, más tarde o más temprano –de la mano, por ejemplo, de la Teodicea– a indagar en torno al origen mismo de lo personal, a ese fundamento suyo, situado más allá de lo meramente humano, en la Transcendencia. En este sentido, la actitud filosófica constituye sin duda una clave decisiva hacia el desarrollo de esa indispensable virtud humana que supone la humildad²⁴.

Sin la humildad, ni nos conocemos en lo profundo –recordemos las célebres máximas, reiteradas sin fatiga por Sócrates, de “conócete a ti mismo” y “sólo sé que no sé nada”–, ni conocemos lo distinto de nosotros. Sin ella, tampoco cooperamos ni nos encontramos adecuadamente con los otros. Mas toda educación y universidad precisan de ello, por lo que en su seno no cabe sino reivindicar con pujanza de nuevo el fomento de esta preciosa virtud de la humildad. Siempre, en la historia de la sabiduría, se han vinculado estrechamente la humildad y la verdad –“humildad es andar en verdad”, escribió Teresa de Jesús–. Ambas, verdad y humildad, constituyen propiedades inseparables de todo filosofar auténtico.

Ahora bien, en medio de nuestra vanidosa y banal época, ¿se acertará a estimar como se merece a esa Filosofía que humildemente levanta –frente a todos los espejismos– la voz del criterio, de la reflexión, del juicio propio? ¿Se apreciará de verdad a esa Filosofía que, con sencillez, reclama para la persona un valor o dignidad singulares, y en favor de la cual combate contra toda forma de manipulación o deshumanización?

Javier Barraca Mairal
Universidad Rey Juan Carlos
Campus de Fuenlabrada
Camino del molino s/n Fuenlabrada
28943 Madrid
javier.barraca@urjc.es

²⁴ Cf. J. BARRACA MAIRAL, *Vivir la humildad*, Madrid, San Pablo, 2011.